

Álvaro Alcalá Galiano
LA VIDA DE BLASCO IBÁÑEZ
(ABC, 17-12-1921)

Hace ya unas semanas que, paseando por las calles de París, vi yo en los escaparates de las librerías una obra nueva titulada: *Blasco Ibáñez, ses romans et le roman de sa vie*, escrita por Camille Pitollet, el crítico de letras españolas en el *Mercur de France*. Entré, la compré y la leí, diré parodiando a César, con el firme propósito, al terminar su lectura, de comentarla algún día ante mis lectores. Hoy se me brinda nueva ocasión de hacerlo al ver en los escaparates de las librerías de Madrid la obra traducida al español: *Blasco Ibáñez, sus novelas y la novela de su vida*.

Quizá no me equivoque al suponer que la legión de admiradores del mundial novelista español, cuantos se han deleitado en las páginas vibrantes de sus libros, tan llenos de intensidad, de emoción, querrán conocer la existencia variada, turbulenta y magnífica, como una marcha triunfal, del propio maestro. Y es muy comprensible. Cuando un artista subyuga nuestra inteligencia o nuestro corazón, anhelamos siempre rasgar el velo misterioso de su arte para descubrir al hombre; es decir, al creador. Por eso la hipótesis de quién pudo ser el mago Shakespeare, si el vulgar cómico de Stratford o uno de los condes de Southampton, de Derby o de Oxford, hará correr tanta tinta como los juicios diversos acerca de sus tragedias y comedias inmortales. Por eso Cervantes, con su vaga personalidad y su vida borrosa nos intriga tanto como el alcance espiritual del *Quijote*. Nuestra curiosidad no se atiene a juzgar a un hombre por sus obras; queremos su retrato físico y moral, con sus virtudes y sus vicios, que haga de todo ser humano, por grande que se crea, algo imperfecto, lleno de luz y sombras como la vida misma. Esta interpretación psicológica del hombre representativo, sea político, artista o literato, hace de una buena biografía el modelo de novela realista. Justifica plenamente aquella frase de Disraeli, al decir este: «Leed biografías; la biografía es la historia sin teoría». No es otra la razón, en efecto, de que Plutarco nos haya familiarizado con los héroes de Grecia y de Roma más que ningún otro historiador, y de que Boswell diera al famoso doctor Johnson vida inmortal en su palpitante biografía. Huelga decir que el libro de que hablo no pertenece a tan alta categoría, ni puede aspirar a ser una obra completa. Entre otras razones, porque vive aún el modelo, fuerte, laborioso, en la plena madurez de su talento, que va derrochando en obras y más obras con pasmosa fecundidad, y porque este infatigable luchador no parece aún dispuesto a

escribir en mucho tiempo el epílogo de su vida, llena de aventuras y de inesperados giros, como la de un artista del Renacimiento.

Pero, en todo caso, el libro de M. Pitollot, si bien no libre de cierto sectarismo radical que tiende a perpetuar nuestra «leyenda negra» respecto a los supuestos métodos reaccionarios de los gobiernos monárquicos de España (¿son más benignas las repúblicas con los perturbadores del orden y los enemigos del régimen?), es un libro bien escrito, documentado, lleno de interés y de amenidad, que hace de la vida de Blasco Ibáñez la más extraordinaria de sus novelas. Esto no es solo debido, claro está, al arte del narrador, sino a la personalidad vigorosa y a un mismo tiempo compleja del modelo. Porque Blasco Ibáñez no ha sido solo un *escritor*, es decir, un cerebral cuya visión del mundo no tuviera más horizontes que las cuatro paredes de su biblioteca.

Blasco Ibáñez conoce los libros y los hombres, ha viajado y vivido intensamente, y esa misma intensidad de vida, reflejada en sus libros, es lo que da a sus novelas el realismo y la fuerza descriptivas de quien narra lo que ha visto. Se ha comparado a menudo a Blasco Ibáñez con Zola; mas, aparte de las analogías que puedan hallarse en la estética naturalista de ambos escritores, nada tan distinto como la existencia de estos dos hombres.

Zola fue el triste visionario que en sus soledades de Médan iba escribiendo volumen tras volumen de su ciclo materialista sin más concepto de la vida que su imaginación de poeta épico adulterada por sus pedantes y falsas teorías científicas. La vida misma de Zola tiene la rutinaria monotonía de cualquier humilde empleado de oficina. Es la de un buen burgués casado que vive metódicamente; se levanta, come, escribe y se acuesta todos los días a la misma hora. Zola no conocía otros países, y muy poco el suyo. Salvo breves viajes a Lourdes y a Roma para tomar apuntes de novela, nada ha interrumpido su labor hasta su inesperada intervención en el *affaire* Dreyfus, que desencadenó tanto las pasiones e hizo de su nombre una bandera de combate.

Comparada con el escritor francés, ¡cuán variada, interesante y rica de experiencia resulta la vida del maestro español! Su campo de acción ha tenido ilimitados horizontes, y como decorado de sus aventuras, los más diversos paisajes de la tierra.

Hay algo que asemeja a Blasco Ibáñez a ciertos maestros de la novela rusa; por ejemplo, a Dostoievski. Como él, ha padecido la miseria, la cárcel y el destierro, pasando su calvario antes de conquistar la gloria. Pero también, como Balzac, ha anhelado siempre la conquista del oro triunfador, que hace amena la existencia y ha

hecho prodigios de laboriosidad reflejada en su vasta y formidable obra de periodista, de novelista, de traductor y además de historiador en los nueve tomos ilustrados de su *Historia de la guerra europea de 1914. Blasco Ibáñez o la voluntad...* Este podría ser el título de la obra de M. Pitollet, porque, además del talento literario, es la voluntad lo más característico de Blasco Ibáñez. Así lo vemos en sus días rebeldes de mal estudiante, en su pobreza de los primeros tiempos, en sus campañas revolucionarias, desafiando su destino adverso. Él no nació para pasarse la existencia charlando en el café. Él nació para la lucha que otorga solo la victoria a los audaces. Su vida es eso mismo: una batalla no interrumpida en el campo de las ideas y en el campo de acción. Combate en la tribuna y combate en el libro. Arenga a las muchedumbres con su palabra fogosa y agita los espíritus con sus novelas tendenciosas. Sin embargo, siempre es artista, y acaso el mayor milagro de su arte haya sido el que escribiese *La barraca* en una mísera redacción, cuando a las altas horas de la noche terminaba su ingrata faena de periodista revolucionario. Sí; este rasgo retrata, a mi juicio, mejor que ninguno, a Blasco Ibáñez. Ayer en la pobreza, como hoy en plena prosperidad, es siempre el trabajador infatigable. Ni los reveses de fortuna, ni las amargas de la política le desconciertan. El día que se desengaña de traernos la República, sigue, a pesar de eso, creyendo siempre... en Blasco Ibáñez. Y continúa luchando. Sus mismos viajes de placer por Italia y por el Oriente son campos de experiencia literaria para su pluma pincel. Sus trabajos colonizadores en América, si bien no le dan la fortuna soñada, habrán de proporcionarle material para futuras novelas. Hasta que un buen día, en medio de la guerra europea, aparece un libro titulado *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, y el astro literario que se había levantado en las bellas huertas de Valencia, iluminando a España, extiende de pronto su luz gloriosa por el mundo entero... Leed la vida de Blasco Ibáñez y veréis lo que puede el talento cuando le guía la voluntad.